

Louise de Vilmorin
El final de los Villa·vide

A.hache

A mis hermanos

Henri, Olivier, Roger, André

I

Una noche de principios de septiembre, mientras el duque y la duquesa de Villavide se retiraban de la mesa después de haber cenado, el famoso reloj del gran salón, que tenía forma de castillo, dio la primera campanada de las ocho. La duquesa redobló el paso y sonrió al ver cómo un puente levadizo se abatía contra la esfera mientras, uno después de otro, ocho pequeños personajes asomaban para bailar, saludar y al fin desaparecer entre un ruido de cadenas y engranajes.

–Ah, Julien –exclamó–, ¡qué bien bailaron esta noche! Me gusta lo que hacen a estas horas–. Y añadió–: Deben ser casi las ocho.

El duque extrajo el reloj de bolsillo, verificó sus latidos como solía hacerlo la gente de su edad y lo apartó, frunciendo los ojos.

–Demonios –dijo–, demonios, cada vez avanzan más.

Los ojos del duque de Villavide eran famosos, tanto como sus encantos. Se decía que muchas mujeres habían perdido la cabeza por él; se decía que, con su actitud indiferente, él consumía los corazones de impaciencia e incertidumbre. El duque no parecía darse cuenta de ello y siempre había afirmado que era el primer sorprendido por sus poderes. A los que le hacían reproches por esto, él les aseguraba: «¿Es mi culpa si soy como una trampa

humana?». A quienes lo acusaban de crueldad, les respondía: «Creo que soy capaz de cualquier cosa». El duque inspiraba el deseo de morir, pero también provocaba el deseo de pescarlo desprevenido. Las confesiones que había recibido antaño se confundían ahora con las que él mismo dejaba caer. «Es un intercambio –pensaba–, no se sabe quién habló, quién amó más, y ya nadie ofrece nada.» En el presente, pese a su avanzada edad, seguía creyendo en el silencio, en los paseos enamorados en otoño, en la estación de las desdichas, cuando el vino se pone agrio. Deseaba tomar una mano, compartir besos sin suspiros y enseñar su rostro decrepito en el medio de una cita, en ese instante en que se gestan los desmayos. Siempre había preferido los cuadros vivos al teatro, y era la opinión general que él los representaba muy bien sin la ayuda de nadie.

Las mujeres del lugar hablaban del duque en voz baja. Algunas le endilgaban un nombre afectuoso que la duquesa desconocía y que era prueba de cierto vínculo íntimo. Su personalidad había maravillado a toda una generación. Ahora se admiraba su gracia y se decía que había sabido envejecer. Sus chalecos de terciopelo, sus camisas, sus corbatas, sus pantalones estrechos exhibían una elegancia de otros tiempos, que solo él era capaz de desplegar. La duquesa de Villavide lo admiraba y lo seguía por la vida, paso a paso, con una copa en la mano. Sin embargo, a menudo la atormentaban sus deseos de independencia. Le habría gustado que él le pidiera consejos para todos los asuntos y que hubiera modelado su persona copiando más la actitud de los señores y los clérigos de la región.

–Siempre haces lo que quieres –decía ella.

–Sí –le contestaba el duque–, no hay que someterse a nadie, ya bastantes mandamientos nos obligan a respetar la lluvia, el viento o las opiniones del mundo exterior. Tengo el gusto necesario para estar siempre de moda y para sufrir si hace falta, pero me niego a pedir consejos. Cuando uno copia y copia, se muere sin haberse manifestado.

El duque mostraba las palmas de las manos y añadía:

–Estos son los mapas de mi universo y mis estados, las rutas de mis viajes están marcadas en ellos; sólo hay que seguirlas y dejarse llevar. De esta manera, se llega al final de uno mismo y se vive tal cual uno es.

En respuesta, la duquesa alzaba los brazos al cielo, hacia un trono ocupado por un anciano. Creía ver lágrimas que corrían por una barba hecha de eternidad. Pensaba en todos los esfuerzos que le habían recomendado para escapar de su propia naturaleza y para salvar su alma. En esos momentos el duque la asustaba. «Está loco –cavilaba–, ¿qué debo hacer?»

Por el contrario, cuando el duque se encontraba de humor melancólico, como esa noche, ella se sentía a muy gusto.

–Julien –le dijo–, ven aquí.

La duquesa lo condujo de la mano hasta la puerta-ventana que daba a la terraza. Inmóviles, apoyados en la balaustrada, contemplaron el parterre a la francesa, al que ninguna fantasía de jardinero lograba estropearle la elegancia.

–Es excelente –dijo ella–, discreto como la tradición.

El duque de Villavide no respondió. Su mirada, tan hermosa, se perdió en la lejanía: en los prados, los estanques y la línea de colinas que marcaban las fronteras de su

propiedad. Tras ello, regresó al salón. Los objetos de ágata y oro, que se habían colocado allí al cabo de ilustres alianzas, apenas brillaban sobre las mesas. El duque se encogió de hombros y suspiró intensamente.

–Qué desgracia –murmuró–, nuestra sangre dejará de circular.

–¿Cómo, Julien? –reaccionó la duquesa–. ¿Qué quieres decirme con esto?

–Lo sabes perfectamente.

Ella reclinó la cabeza y pronunció:

–Sí, ¡qué desgracia!

Después se pasó el pañuelo de la mano derecha a la mano izquierda.

Esa tristeza mutua se debía a un dolor del que nada lograba distraerlos: la duquesa y el duque de Villavide no tenían descendencia. Una sola vez la duquesa había creído que esperaba un heredero, pero se había equivocado. Desde entonces, ella aludía a aquel momento llamándolo «el año de mi falsa alarma». Ya habían pasado casi cinco décadas.

Como el duque no había vuelto a abrir la boca, la duquesa, para romper el silencio, le propuso que dieran un corto paseo por el jardín; había, le dijo, unos sapos enormes bajo las hojas de la begonia, allí, junto al invernadero. Pero él estaba sin ganas, sentía frío y pidió que encendieran la chimenea de la biblioteca. Atravesando el salón, se detuvieron para beber un café. Las largas velas color ocre, traídas de Brasil, brillaban en sus candelabros. La duquesa aseguraba que esta era su única coquetería: «No me empolvo la cara –solía decir–, me alumbro a la luz de las velas». Por su parte, el duque adoraba esta biblioteca; había en

ella muchos libros raros o antiguos, sobre todo el famoso *Método para desaprender a leer* en treinta volúmenes, que él nunca había aceptado vender y que sabios de otros países viajaban para consultar. Escogió el tomo diez de aquella obra, *El olvido de las consonantes*, y se instaló cerca de la chimenea. La duquesa se sentó al piano.

–Ay, esta noche no, Clara, por favor –le dijo.

A la duquesa, que leía en abundancia con la excusa de que «hay que estar en acción para no oxidarse», le causaba gran placer usar términos que suponía de moda y que iba descubriendo al azar de sus lecturas.

–¿Sientes el alma decaída? –preguntó.

El duque sonrió con tristeza y dijo:

–No.

El tono de su voz y la seriedad de su rostro sorprendieron a la duquesa. Entonces ella comprendió que era en vano hacerle preguntas y, desplegando un tapiz, se puso a tejer junto al fuego. Por un instante, el duque pareció absorto en la lectura, pero pronto dejó el libro en su regazo y adoptó un aire soñador. No dijo una palabra más a lo largo de la noche. De vez en cuando, la duquesa lo miraba con una mueca gentil, pero él no parecía enterarse y cerca de la medianoche se retiró a su dormitorio con gestos de preocupación.

Desde ese día, el duque de Villavide se volvió más y más extraño. Hacía largos paseos a solas, ya no cazaba, comía poco.

Como ocurría cada año en la semana de Todos los Santos, muchos vecinos concurrieron a Villavide para arrojarse en el parque frente a esas tumbas que la hiedra cubría a medias. Por las noches, había charlas acerca de los

parentescos. La duquesa traía el árbol genealógico y lo estudiaban con sumo interés. «Todas las personas de alcurnia son aliadas o parientes», decía ella tranquilizando al conjunto. Ese año, el duque no se arrodilló frente a las tumbas: había cambiado. «¿Qué ocurre?», preguntaban todos. La duquesa les explicó que estaba «incubando una gripe» porque no sabía qué pensar y no quería que creyeran que él estaba envejeciendo.

Una noche, mientras cenaban, el general de Portefort, primo lejano de ambas partes, alzó la copa y propuso:

–¡Brindemos por el último de los Villavide!

–Sí –exclamaron los presentes–. ¡Por el último de los Villavide, por nuestro querido Julien!

Las exclamaciones funestas hicieron temblar al duque.

–Amigos –dijo–, se equivocan. No voy a ser el último, no dejaré vacía esta casa. Llevo meses analizando el problema; los Villavide han de vivir como sea: tendré un hijo.

Por pudor, pero también porque el intenso deseo que había sentido por los placeres y por las mujeres le impedía conmovirse, el duque siguió diciendo:

–Tendré un hijo para que en el futuro exista una duquesa de Villavide: esto es lo que más me importa. A las damas este nombre les viene como anillo al dedo. Siempre habrá aquí una voz prudente: “Cuidado, la escalera está dañada, sobre todo el quinto escalón: las piedras están gastadas”. Siempre habrá unos labios tiernos para decirle a algún viajero de paso: “Queda comida en la olla”.

Después de haber hablado así, el duque sonrió. Nadie, se dijo, osaría contradecirlo, menos cuando la duquesa estaba en lágrimas. Sin embargo, el general de Portefort, un

valiente que no le tenía miedo a nada, excepto a las sombras chinas, se puso de pie y preguntó:

–Cómo, Julien, ¿vas a adoptar un niño y permitir que cualquiera lleve tu apellido?

–No, no –repuso el duque, que parecía indeciso y no ofreció ninguna explicación.

A lo largo de la velada, el duque fue recobrando la alegría: participó en un par de juegos, hizo algunos trucos de cartas, contó historias de amor incomprensibles, pero muy estimulantes.

Su buen humor duró poco: no bien se retiraron las visitas, volvió a quedar cabizbajo y pensativo. Hizo enganchar el carruaje muy temprano, pese al frío, y partió solo. Condujo él mismo y no regresó hasta tarde, lo que suscitó en la duquesa una extrema ansiedad.

Un día ella supo, a raíz de una indiscreción fortuita, que el duque pasaba los días en la ciudad más cercana, en compañía de un ebanista que le enseñaba su arte. Al parecer, tallaba pequeños objetos y se reía como un niño. «¿Qué proyectos habrá en su mente? –cavilaba la duquesa–. Dios mío, si pudiera saberlo», pero no tenía el coraje de preguntárselo. A la hora de comer, el tenedor y el cuchillo temblaban en sus manos húmedas y ella no podía controlarlos. «Señor –rezaba–, ayúdame a no perder la compostura».

El primero de enero, por la mañana, después de que la duquesa y el duque de Villavide intercambiaran tiernos saludos de año nuevo, «Buen año, Julien», «Buen año, Clara», el duque convocó al guardián de su jardín y le ordenó que derribara un roble inmenso (llevaba un minuto dar la vuelta a su tronco), conocido en la comarca bajo el nombre de

“roble César”. Este árbol, que gente de todas partes venía a ver, era uno de los más hermosos del mundo. Plantado por un ancestro del duque hacía ya siglos, había cumplido un papel importante en la familia. A su sombra, los Villavide se habían divertido de niños y habían murmurado más tarde sus primeras confesiones. Incluso algunos, con espíritu sacrílego, habían grabado sus nombres en la corteza. Y, con la frente apoyada contra el tronco del roble César, víctima de grandes dolores en plena cacería del zorro, la abuela del duque, una extranjera, había traído al mundo a su único hijo: el futuro embajador.

Al oír las palabras del duque, el guardián retrocedió dos pasos. Le parecía inconcebible que alguien quisiera derribar un árbol tan renombrado. «Pero... señor duque», balbuceó, al tiempo que la duquesa suplicaba, al borde de la desesperación: «Ay Julien, ay Julien». Ella llegó incluso a decir «quién, qué, por qué, cuándo, dónde», como hace alguna gente cuando pierde la razón. Con voz firme, el duque insistió: «Quiero que derriben el roble antes del fin de semana y que pongan su corazón en el invernadero. Tengo motivos serios para pedirlo». Estremecido por la pena, el guardián se retiró. «Pobre señora duquesa», suspiraba.

No bien quedaron a solas, la duquesa de Villavide explotó de ira:

–Estás loco. Ya te he dejado pasar muchas locuras –le gritó–, pero esta vez es demasiado, no lo acepto.

El duque se acercó tratando de calmarla.

–Clara –dijo–, no te enfadarás conmigo cuando comprendas por qué he tomado esta decisión: muy pronto tendremos un heredero.

La duquesa, confundida, fue incapaz de responder. El duque le propuso alegremente que jugaran una partida de cartas.

En los siguientes días la duquesa no dejó de alegrarse por el buen humor de su querido Julien. A veces, cuando pensaba en el roble condenado y le parecía oír el eco de unos hachazos, creía que iba a desmayarse, pero luego se reanimaba. Finalmente, una tarde fría, un estruendo lamentable hizo temblar las ventanas del castillo y entrecocar los cristales de las girándulas. Las cosas tiemblan ante las desgracias de las cosas: el reinado del gran César había llegado a su fin. La duquesa subió a su dormitorio para llorar y meditar. Después de meditar un rato, comprobó que no entendía las intenciones del duque. Sonrojándose, admitió que perdía la confianza en él. Y, cavilando que ambos eran ya mayores, se puso a mirar un retrato que colgaba en la pared y los mostraba en tiempos de su boda. «Yo tampoco soy la misma –suspiró–, ¿por qué debería enfadarme, cuando él ha cambiado también? Si él perdona mi apariencia incomprensible de hoy, yo debo ser indulgente y creer que él permanece intacto tras su aspecto físico. Qué horror, la vejez nos disfraza y morimos enmascarados.»

Mientras ella reflexionaba de este modo, el duque recorría el ático en procura de una estufa que, acto seguido, mandó transportar al invernadero. Temeroso de las miradas indiscretas, decidió poner persianas de madera en las grandes puertas de cristal. Se encargó él mismo de todo; la espera lo ponía nervioso. Una vez talado el árbol, había que cumplir sus deseos y llevarle el corazón: esto

tardó varias semanas. Para aliviar su impaciencia, practicó malabares chinos con la duquesa, quien llevaba largo rato sin cultivar pasatiempos de esta clase. Pero el juego del *diábolo* la cansó tanto que, antes de que pudiera darse cuenta, había perdido la salud. Una noche se despertó muy angustiada. «Más alto –pedía–, más alto.» Se veía a sí misma arrojando al cielo docenas de malabares, que se elevaban más allá las nubes. Oía lejanos clamores. En la terraza caían cadáveres, uno tras otro, todos ellos con una aureola y una herida en plena frente. Cuando el duque la oyó gritar “abran paso a la juventud”, se levantó de la cama y se precipitó hacia ella.

–Sí, Clara –dijo–, tienes razón: hay que abrirle paso a la juventud.

Le sirvió un poco de licor y permaneció a su lado, hasta que ella se serenó y volvió a dormirse, exhausta.

La duquesa de Villavide nunca se recuperó de estos excesos; se levantaba poco y nada de la cama, se sentía cada vez más débil, pero a la vez muy tranquila. Un mediodía, bajó al salón para escuchar las campanadas del reloj y ver cómo aparecían esos pequeños personajes que ella amaba. El duque la cuidaba tanto que ella ni siquiera intentó recobrar fuerzas. Entonces comprendió que su buena salud había obstaculizado hasta ahora la felicidad de él.

Mientras tanto, llegaron a Villavide unas cajas con todo lo necesario para la ebanistería. A medida que las abría, el duque le iba explicando a la duquesa la utilidad de cada herramienta. Así y todo, sus intenciones seguían siendo misteriosas e incluso cuando al fin pusieron el corazón del gran César en el invernadero, no le explicó a nadie lo

que tenía pensado hacer con él. La mañana en que se puso a trabajar, le pidió paciencia a su esposa.

–Perdóname si te descuido un poco –dijo.

–Por supuesto –respondió ella–, la dicha lleva su tiempo.

En los meses siguientes, el invernadero se convirtió en el refugio del duque. Cuando volvía al castillo, a la hora de comer, parecía a punto de anunciar alguna buena noticia, pero esta moría en sus labios antes de que él llegase a hablar.

La duquesa se debilitaba cada vez más. Como había abandonado la costura y la correspondencia, su único placer consistía en cerrar los ojos y detectar el perfume de las campanillas que su criada recogía para ella en el jardín. El invierno estaba por finalizar. A la sombra de la enramada aún hacía frío, pero el sol ya calentaba los parterres. «La vida es dulce –se decía la duquesa–, si ahora disfruto de todo es porque estoy soñando.» Esperaba que el duque estuviera presente para hacerle confidencias.

–Entiendo mejor las cosas, las estaciones cambian como el azar –le dijo una noche y miró los anillos que brillaban en sus dedos pálidos–. Nuestros tesoros nos juegan malas pasadas, querido Julien. Tienen un precio, son duraderos. Una vez muerta, me arrepentiré.

–¡Ay, Clara! No me hables de morir. A partir de hoy, me ayudarás –dijo el duque y añadió–: Solías recoger los cabellos que, al peinarte, se desprendían de tu cabeza. ¿Conservas aún esos pelos?

–Sí, cajas llenas de pelo –explicó ella–. Los juntaba para un proyecto que al final abandoné, pero el hábito se instaló y desde entonces sigo haciéndolo sin motivo.

–¡Muy bien, te felicito! –dijo él–. Esos cabellos me hacen falta.

Ella sacó, una por una, las grandes cajas guardadas en los armarios. El duque las cargó consigo. Algunas semanas antes, sin prestar ninguna atención al calendario, había exigido que esquilaran a la oveja favorita de la duquesa, un animal que ella había alimentado con sus propias manos. Hilaron la lana, la tiñeron de varios colores y él se la llevó al castillo.

–Aquí tienes, Clara –dijo–, alcanza para crear dos hermosos tapices. Tan solo te doy las medidas y harás lo que se te antoje.

La duquesa, que se acercaba al final, tenía la mente repleta de imágenes y de ideas que la hacían reír a solas. Como cuando, siendo niña, se reía de las bromas de sus padres sin entenderlas.

–Será sencillo –respondió ella–, me gusta estar ocupada.

Poco a poco, en el lienzo aparecieron unas columnas de humo, un *diábolo* rojizo y frutas cortadas por la mitad. «Ay, ay, ay –murmuraba la duquesa, de vez en cuando–, la aguja malvada me roba los secretos.» Cada diseño, una vez terminado, semejaba a un escudo coronado por una suerte de anillo. El duque aplaudió estos dibujos de inspiración lejana y algo triste. Dedujo que la duquesa no había sido libre ni feliz.

–Pobre Clara –suspiró–. Menuda alma...

–Menuda alma –repitió ella, distraída–. Exactamente, Julien.

En el invernadero, en torno al duque, los naranjos estaban en flor. Un día de primavera, el duque abrió las ventanas y corrió rumbo al castillo. En el campo resonaban las campanas. «Pascua, Pascua –cantaba él, a plena voz–, nos ha nacido un niño.»

La duquesa lo vio acercarse cargando un sillón elegante.

–Esta es nuestra obra –anunció él, dejando el sillón en el suelo–. Nuestro hijo, nuestro heredero. Aquí te lo presento, Clara.

La duquesa se negaba a creer lo que veía. «Qué desgracia», pensó, cada vez más pálida.

–¿Nuestro hijo? Y mis cabellos, ¿dónde están?

El duque le respondió que los había empleado para acolchar el asiento. Y agregó:

–Un auténtico Villavide. Todo proviene de nosotros o proviene de nuestras tierras.

La duquesa murmuró, al borde del desmayo:

–Todo gira, todo gira, pero no me convencerás. No puedo aceptarlo ni lo creo, ¿comprendes?

–Vamos, Clara, sé razonable –le pidió–, este hijo es nuestra obra, una prueba de nuestros gustos y de nuestra existencia. Ninguna criatura en el mundo ha sido más deseada ni esperada que él. Por supuesto que un hijo así, hecho a mano, no puede tomar la palabra, pero será más resistente –añadió, con la intención de arrancarle una risa.

La duquesa de Villavide ni siquiera sonreía. Apoyándose con esfuerzo en las almohadas, se incorporó lentamente y plantó los pies en el suelo.

–Quiero tocarlo –le dijo.

Paso a paso, con las manos extendidas hacia delante, se aproximó a ese hijo-sillón que deseaba acariciar. Por desgracia, cuando se aprestaba a alcanzarlo, la emoción la hizo caer entre esos brazos insensibles que aún olían a madera. Su respiración se quebró. El duque la llamó entre ruegos, pero ella no daba señales de vida. El duque acercó a sus labios un espejo, que se empañó de manera imperceptible.

–Hijo mío –la oyó exhalar–, voy a conseguirte un alma, con la ayuda de una red para cazar mariposas.

Dicho esto, la duquesa expiró su último aliento.